

# Si Eros se ausentara

Leonor Domínguez Valdés

Si Eros se ausentara, que sería de nosotros , con tan solo pensarlo siento que se me va la vida. Eros está presente en todo lo existente, es la fuerza que impulsa a la noticia de vida. Eros nos mantiene vivos y Eros nos exculpa por nuestras trasgresiones. Eros está con el místico y con el artista y con el pensador. Eros no necesita de artículo que legitime, la necesidad forzosa del pronombre que designe al-la amante como mujer u hombre.

Para Eros no hay género, no hay sexo. En Eros solo hay vida, fuerza, explosión de energía que une a los amantes, amor que se resiste a retirarse y se retira. En occidente, el amor entre una mujer y un hombre no es un bien que pueda compartirse, no cabe en el lecho una tercera almohada, pues solo dos se encuentran en esa mística-mágica-trágica y perfecta fusión de continentes y colisión de universos.

Eros empuja a los amantes a querer hacerse solo uno, ambos quieren fundirse y nunca separarse. Pero la tierra les ata a cada uno a un peñasco diferente. Gaia les encadena a los amantes para que no se suelten, para que no se vayan, o para que se vayan tal vez, pero lo cierto es que les ata.

Eros-Dios de la vida, amor que puede o no ser visto, amor que se adivina. Mirada centellante del-la amante, rostro que cobra color y cambia de textura...aspereza del hombre, que con su barba rosa y raspa el rostro femenino de su amante. Rozadura, rozadura que perdura en la memoria de ambos. El beso de un amante es siempre inolvidable e inolvidable el amante.

Frente a Eros, la muerte nada puede. Cuando muere el amor sin duda ha muerto alguien más, ha muerto el cuerpo que contenía a aquel portento. Eros es potencia toda-perfección hecha acto en lo bello y lo bueno. Aquello que se ama siempre es verdadero, el amor y la vida no aceptan sucedáneos y no semejanzas. Por eso los amantes se entregan a sí mismos y no sacian jamás su deseo de estallar en una intensa sinfonía fantástica aunque ésta sea a veces inconclusa.

No existe puesta en escena alguna, en la cual la separación de los amantes conduzca a un final feliz. En realidad, el mejor final en toda separación está representado por el drama de la muerte. El triunfo definitivo de Thanatos sobre Eros, la derrota sin posibilidad alguna de revancha y la forzada obligación del amor-amante que pervive por aferrarse con fiereza a la tierra, cual semilla que lucha por germinar y dar fruto, cual árbol que

retoña aún después de haber sido vareado por el viento, de haber quedado congelado por el hielo del invierno.

¡Sí! El mejor final para todos aquellos que se aman es la muerte, porque con ella se confirma la indestructibilidad de su amor. Hasta ahora, yo no me he encontrado con una representación más estética y más suave de apartar a un hombre y a una mujer cuando se aman.

Miento, si existe otro final mejor y éste es el de aquellos amantes que no pudiendo resistir más, mueren una detrás de su amado para así no separarse jamás en esta tierra. Éste es un final marcado por la aparente tragedia para aquellos quienes también formaban parte del reparto de estrellas.

Cuando ambos, el hombre y la mujer quieren morirse juntos, no hay remedio que cure el mal de amores, no hay dinero que compense el dolor tan intenso que causa la pena que pulveriza los huesos y quema los pulmones como flama ardiente .

La muerte del amado se convierte en asfixia, en osamenta que se quiebra tan sólo de verla...lágrima que se esconde tras las manos que cubren el rostro-rostro que sólo mira el lecho conyugal, mientras encierra a escondidas en su piel todas y cada una de sus sensaciones. Absolutamente cualquier sentimiento, todas las emociones...y las lágrimas se convierten en silencio total, hermético dolor encerrado y contenido en tan sólo un pequeñito cuerpo de mujer.

No he visto película más bella y no conozco prueba más transparente del amor perfecto, que la oblación entera que hace una amante a su amado. Entrega tal, que resiste incólume todos los vendavales de la vida y cuando muere el objeto depositario de su amor, así sin más ni más tan sólo deja de luchar y huye tras él sin ruido ni aspavientos...la amante siempre amada por su amado se va despacito y como un avecilla aletea y aletea como diciendo adiós a sus hijos en quienes han dejado su huella de amor. Amor del hombre y la mujer que habiéndose desprendido de la carne, se han esparcido por el universo entero y han dado vida de nuevo al encender una estrella con tres picos-tres hijos, tres gritos de júbilo, como tres nuevos planetas en la tercera galaxia del espacio.

Pero el dolor que produce la separación de los amantes que amándose con todo lo que son y pueden ser, no pueden seguir siendo-amantes y no seguir amándose...¡Ah! , esa es la pena más profunda que mis ojos han visto alguna vez, es el dolor más intenso y más desgarrador que alguien haya sentido.

Amor de amantes prohibido y siempre oculto, amor que se esconde detrás de las paredes, ni cal, ni canto, ni santo, ni santa. Amor que fue, amor que es sin tener que haber sido nunca, amor que se entrega sólo a ratos, amor de instantes, amor que se adivina en la mirada y mientras, entre un encuentro y el otro...ambos simulan ser felices cada uno en lo suyo .

El uno , se complace y cumplimenta-complementa su falta con todo lo que tiene, la otra- Penélope, sin pretenderlo bien parece y espera sin hacer que espera a Ulises de enero a abril, de abril a octubre y así desea suspender el tiempo y no puede dejar de amar porque no olvida algo siquiera de su amado y tampoco es capaz de mirar en otra dirección, porque se siente presa de un amor que por su esencia es casi inexistente, una irrealdad efímera y fantástica, a veces fantasmática. En todos los lugares se encuentra con su amante, no hay sitio en que no escuche su música sin asociarla con el sonido que sale de su pecho al exhalar. Si su piel toca otra piel, toca la de su amante y si recuerda un humor a éste le recuerda y si besa otros labios besa los que no olvida y si y si, y no le deja y no se aparta y se hace partes y se comparte, lo comparte y al hacer esto, todo lo escinde y todo lo obtiene solamente en partes y lo afirmo contundentemente...todo.

El amor de los amantes furtivos es siempre un amor con alto contenido de miel y de acíbar. Es dulce como la nieve en invierno y tanto o más amargo que la hiel derramada por la ira brutal que detona el sentimiento de haber sido tratados ingratamente por la vida.

El amor de los amantes furtivos siempre nace herido de muerte, es un amor que viene al mundo con una terrible afección congénita y no hay cura alguna ni salvación posible. El amor proscrito, penado y perseguido se persigue a sí mismo, se sospecha a sí mismo, se cuida de él mismo y de todo, de todos, hasta del amor mismo.

Los amantes «que pecan» se avergüenzan y esconden su amor de otras miradas, fingen y se separan-sin separarse nunca. Los amantes mueren sin morir juntos y no comparten sino breves instantes de entre los múltiples eventos que han acrisolado sus vidas.

Los amantes suelen ser los eternos ausentes cuando más se hace imperiosa para el otro su presencia. Nunca un amante acompaña al otro cuando asiste a un funeral, a una boda, a una celebración de nacimiento, cuando le ha ido mal en la faena , cuando le duele la cabeza, cuando hay un buen concierto, una función de ópera o



Vicente/07

simplemente cuando es preciso ir al supermercado en una tarde cualquiera.

El amante es el actor que se ausenta justo en el momento en que la tragicomedia de la vida está por iniciarse o cuando la puesta en escena ha llegado a su fin...el teatro se ha vaciado...la amante permanece de pie parada en la banqueta y sufre con mirada atónita, la terrible agonía interior que produce esa soledad radical de la que solamente es testigo alguien que alguna vez lo ha perdido todo, todo, hasta quedarse inamovible posada con sus dos pies sobre los que ha dejado caer el peso del martirio doloroso del sentimiento de la vaciedad absoluta y de la nada.

Por eso, los amantes siempre están llamados a separarse, a morir distantes el uno de la otra, a no salir jamás del calabozo en que se encuentran, lecho disimulado en el que ambos se entregan con todo lo que pueden por solo unos instantes y siempre quieren más y más y más de esos instantes, pero uno u otro no están en la disposición de encontrarse...uno porque ha amado hasta haberse extraviado en el intento, el otro por lo que ya bien sabe.

La historia de un amor imposible, tiene su comienzo como una aventura cuyo final habrá de ser la desventura y ante tal infortunio, ante la soledad de pareja que prueba y que comparte la manzana que envuelve con su sabor y aroma a los amantes, no queda más alternativa que la expulsión del paraíso inexistente que ambos han

pretendido construir. No es deseo de alguien aceptarlo, el mito es la historia de una verdad encarnada en la humanidad.

No hay historia de amor más trágica y dramática. No hay dolor más silencioso y ciego y sordo y mudo y no hay pena que hiera con más fuerza y sutileza a la vez, que aquella que se calla al tiempo que el corazón (y esto sin eufemismo alguno) estalla...y siempre, la mujer estoicamente aguarda, sea ésta la amante-amada y prohibida, o bien, la amante desposada socialmente legitimada. La mujer, sólo calla y suspira y nunca hace preguntas, no husmea ni supone, finge que tampoco intuye simplemente adivina y le mira al otro-se mira en la mirada esquiva de su amado, mientras divinamente espera a que el tiempo transcurra y el orden sobre el cual imperan el uso y la costumbre amén de toda suerte de vínculos creados y contraídos entre ambos, terminen de cerrar el círculo-cerco mortal que la vida ha tendido, para todos aquellos que alguna vez trasgreden la ley que les prohíba comer manzana alguna del árbol del fruto prohibido.

Toda historia de amor prohibido, cierra con una escena dolorosa el último acto. Los amantes, sólo tienen como futuro promisorio la ruptura y la muerte obligada de su amor, para ellos la vida no tiene diseñada alguna otra alternativa. ♣